

LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA

La Sociedad Argentina de Antropología ha realizado durante el año ppdo., y en lo que ha transcurrido del presente, una labor digna de encomio. No es ajena a esta vigorosa impulsión la nueva Comisión Directiva, presidida por el profesor Francisco de Aparicio, que desde el mes de setiembre último orienta sus actividades.

Lentamente se va cumpliendo su destino fundamental, el de agrupar a su torno a todos los que en nuestro país se ocupan de las ciencias antropológicas. Puede decirse que cuenta ya con las figuras más caracterizadas y de mayor prestigio de nuestro ambiente, así como con un buen número de iniciados que supieron desempeñarse con acierto, presentando trabajos que han merecido el elogio y estímulo de los consagrados.

De la obra realizada es necesario destacar la organización de la Semana de Antropología realizada en el mes de diciembre ppdo., iniciativa que obtuvo el apoyo y la colaboración entusiasta de sus adherentes y un eco franco y cordial en los círculos científicos.

En la actualidad, la Institución se dispone a publicar, muy en breve, los trabajos y comunicaciones presentados en diversas oportunidades. Además, según se nos informara, las actividades de este año serán ampliadas con mensuales reuniones bibliográficas en las cuales se hará el comentario y crítica de obras de interés antropológico, y otras en que se tratará la unificación y formación de un vocabulario técnico, proyecto que de realizarse ha de poner un orden, cada día más imperiosamente necesario, en el léxico de los especialistas.

A. S.

SOBRE PALACIO VALDES

Si se me despojase de lo que pertenece a los grandes maestros que me han precedido, quedaría desnudo. Hay sin embargo, algo de lo cual nadie en este mundo me puede despojar, y es la dulce satisfacción de saber que algunas de mis páginas han hecho asomar la risa a los labios y otras lágrimas de ternura a los ojos; es la certidumbre consoladora de que nadie ha salido de la lectura de mis novelas menos puro y menos noble de lo que era.

Testamento Literario. (La gloria).

No obstante ser más joven —unos veinte años, poco más o menos— don Armando Palacio Valdés perteneció a la misma estirpe

literaria de Valera, Pereda o Galdós, para no decir más ni ensanchar la nómina. Su afiliación al realismo hispánico era poco menos que ineludible, dada la fecha de su nacimiento, allá por el 1853, en el villorio de Entralgo, Asturias, que no se despintaría jamás de la retina del novelista. Alcanzó los dos siglos —el de las luces de bengala y el del automóvil— y era, en nuestros días, un eco simpático, pero algo lejano ya, de aquella novelística española tan vigorosa y castiza como realista, cuyo acento vernáculo manaba directamente del glorioso siglo XVI.

He ahí su mayor mérito, al decir de los unos, y su capital pecado de caducidad y pasatismo, según otros. En suma: se discute a Palacio Valdés, y se le regatean merecimientos, como se discute hoy a Pereda y al mismísimo Galdós, cuya extraordinaria difusión ha decaído a ojos vistas de un largo tiempo a esta parte.

Difusión y valimiento, estéticamente hablando, pocas veces admiten sinonimia. Las más de las veces se hallan en relación opuesta. Pero la difusión en sí, como fenómeno librero, es un índice claro de las preferencias que acusa el público lector. Quien dice preferencias, o apetencias, dice también clima espiritual o estético y en tal sentido —justo es reconocerlo— Palacio Valdés no era ya tan leído como en sus buenos tiempos. No estaba en época, pero se lo leía más que a otros, con más ínfulas y menos substancia, lo cual no quiere decir que no cargase él también, en los últimos años de su vida, con una buena parte del relativo disfavor que pesa hoy, casi por igual, sobre las figuras consulares de la novelística peninsular. Por otra parte, el olvido que se cierne sobre los novelistas hispanos es cada vez mayor. Apenas lo soslayan, entre los contemporáneos, —además de Palacio Valdés— unos cuantos nombres que caben en una mano: Baroja, Miró, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, el de "Troteras", y Blasco Ibáñez, el de la Albufera... (1).

Nada extraño ni anormal hay en todo esto. Antes al contrario: es lo normal; casi diríase que lo inexorable cuando no se trata precisamente del genio. Cada generación —y es un lugar común recordarlo— ama determinados valores, determinada axiología, y ésta sólo a veces coincide con la que estimó la generación precedente: en la mayoría de las ocasiones resulta imposible la más leve concomitancia. Hasta el idioma, como medio expresivo, suele interponerse entre viejos y jóvenes como un valladar infranqueable.

A Palacio Valdés le cabe la última alternativa. Decíase, y se dice, que es anacrónico. Según esto, vivía en pretérito, ignorando supinamente el desgarrado presente que arranca, para algunos, en el trágico año 14. Y ello, por culpa exclusiva del sostenido optimismo que campea, a guisa de leit-motiv, en casi toda la producción del insigne novelista.

Semejante achaque dista mucho de ser absoluto, según ha de verse en seguida, pero es la valoración corriente que prima en conversaciones o tertulias y acaso —y con mayor razón aún— en cualquier mentidero pedantesco.

El juzgarle así entraña cierto logicismo explicable, pero muy escasa noción justiciera. El espíritu de Palacio Valdés rezumaba candor, alegría, y simpleza de trazos, si se quiere. Se lo considera un asturiano de corazón abierto; un montañés optimista, soñador y amante del terruño. Su alma sencilla y noblota discordaba con la atormentadísima sensibilidad de nuestro tiempo, saturada de pesimismo denso. Pero ello no fué óbice para que alguna vez se sintiese él también dentro de esta misma atmósfera. "Tristán o el pesimismo", "Riverita" y "Maximina", ofrecen buena prueba de su estado de ánimo al tiempo de pergeñar cada una de estas novelas. Pero no era su cuerda. Había en Palacio Valdés un hombre alegre, de una alegría nata, pero racional. El mismo lo ha confesado sin rodeos en su "Testamento Literario", libro encantador si los hay. "Muchas veces —escribe— me han dado a leer libros impregnados de negro pesimismo. Estaban bien escritos y no podía menos de admirar el talento del escritor que con tan extremado arte había sabido describir las fases oscuras de nuestra naturaleza, la vulgaridad lamentable de nuestra vida doméstica. Uno de ellos ha sido la famosa novela de Gustavo Flaubert, titulada Madame Bovary. Se la devolví al amigo que me la prestó, diciéndole: "Es admirable, pero si la literatura fuese siempre así, yo no sería literato, ni siquiera lector". Y a renglón seguido advierte, con su equilibrio proverbial, que la alegría también tiene sus límites. Por eso no cayó en el optimismo ridículo. Fué "un viajero curioso y alegre", según lo dijo en la última confidencia de su Testamento Literario, pero un viajero cuya retina zahorí no desconocía, ni mucho menos, el dolor del mundo. Y la retina transmitió siempre al cerebro, y al corazón, esta dolorosa noción de la vida circunstante. El término medio cabal de la existencia también para él estaba en la verdad revelada por el Cristianismo, que por ser un "mensaje divino y a la vez suprema razón de la humanidad, no es optimista ni pesimista, o por mejor decir, es a un tiempo ambas cosas; pesimista para este mundo, que llama valle de lágrimas; optimista para la alta vida que nos espera si salimos puros de la presente" (2).

He aquí la clave de su creación literaria, que ilumina el perfil psicológico de tanto personaje central o protagonista como desfila en su copiosa producción, llámese Marta o María, José, Ribot, Maximina, o Gloria Bermúdez, la impagable novicia de su obra capital.

Los personajes de Palacio Valdés "viven para fuera"; rara vez "para dentro". Hoy, con un terminacho que viene a pelo, diríase que son "extravertidos" de todos los matices: afectivos, intelectuales, sensitivos, etc. Lo cierto es que andan, accionan, gesticulan, viven... El autor ha logrado su finalidad creadora, concorde, desde luego, con su credo estético retuso, si los hay, al análisis psicológico pormenorizado y subjetivista en sus nueve décimas partes. "La literatura ha de ser objetiva" —dijo Palacio Valdés en su "Testamento" y al decirlo no hizo otra cosa que resumir posteriormente, en teoría, lo que ya era norma estética de toda su obra.

Ese sí que es su mayor pecado para nuestra época, ganosa de subjetivismo y de análisis psicológico. Los actuales lectores, los que se dicen "enterados", o "lectores de su siglo", se apartan instintivamente del mundo objetivo, quasi campal, que puede ofrecerles un novelista como Palacio Valdés, atisbador de todos los ambientes, por muy regionales y cerrados que sean, como el andaluz. Todo eso les parece superficial, vano entretenimiento de tranvía, apto para despejar morriñas de dactilógrafas o costureras. Y lo aborrecen. "Palacio Valdés es epidérmico" —me decía un jovenzuelo barbilampiño— cuando comentábamos su deceso. Y prefieren —claro está— ese tipo de novela introspectiva, deshilvanada, inconexa, desconcertante a ratos como la propia psiquis contemporánea. Hoy predomina la novela de ascendencia dostoyesquiana: Proust, Joyce, Huxley, Mann, Baroja, Wassermann, Zweig... Todos conocen de corrido el gran modelo ruso y todos realizan, sin embargo, obra personal. Todos ellos son subjetivistas por temperamento y la obra resultante —aparte del freudismo y la actitud docente— más bien parece la autopsia espiritual de la sociedad contemporánea, extraviada y convulsa, al través de unos cuantos personajes que la concretan suficientemente.

Para estos lectores, el credo estético de Palacio Valdés resulta desdeñable y poco menos que obsoleto. No conciben que un novelista pueda ceñirse a lo descriptivo, sin rebasar las lindes de la objetividad. Juzgan que todo eso es infantil y baladí. Pertenece al pasado, se dicen, y acomodan el libro en el anaquel sin ánimo de volverlo a tocar.

Como quiera que sea, lo uno no excluye ni desnaturaliza lo otro y el relativo desamor en que yace Palacio Valdés, como Alarcón o Fernán Caballero, por ejemplo, no es cosa definitiva ni mucho menos. Toda estimación crítica, al igual que toda preferencia, por simple o infundada que sea, acusa siempre el achaque propio de su temporalidad. Los juicios, las estimaciones y las desestimaciones, se suceden a lo largo del tiempo, y las obras quedan a lo ancho, cual si jalonasen el sendero artístico de la humanidad. En estética no hay canon que valga como principio estable. Es un continuo fluir y refluir de valores encontrados: algo como la marea, como el "panta rei" de que habla Heráclito. Las preferencias semejan el inquieto péndulo de la física renacentista. La dilección de hoy se trueca frecuentemente en la aversión de mañana y viceversa. Y cuando la fatiga se insinúe y resulte penoso el hurgar en la intimidad de tanto personaje atormentado y paradójico, la gente —quién lo duda— volverá a la literatura narrativa en procura de reposo y de simplicidad. Y también de oxígeno. Y resurgirán, de aquella hecha, los novelistas de tipo objetivo, como Palacio Valdés, momentáneamente segundones y degustados.

JOSÉ RAMÓN MAYO.

(1) De tarde en tarde, Ricardo León ("Alcalá de los Zegries"); Concha Espina ("La esfinge maragata", "El metal de los muertos"); Pérez Lugín ("La casa de la troya", novela exquisita y deliciosa que casi no tiene par en su género de estudiantina). Y párese de contar.

(2) Testamento, pág. 266.